



EL VIEJO CAMINO DE PEREGRINACIÓN PORTUGUÉS

por

Manuel NÚÑEZ RODRÍGUEZ

Si bien es verdad que la peregrinación portuguesa a Compostela queda mejor documentada durante el gótico, llegando a convertirse en una tradición en la dinastía lusitana, no es menos cierta la existencia de esta manifestación popular de la fe en los tiempos del Portugal Condal, cuando el propio conde don Enrique arribaba hasta el túmulo del Apóstol el nueve de diciembre del año 1097, tras haber recorrido dificultosas arterias. Si tenemos en cuenta la proximidad existente entre Galicia y la zona interamnense, a la que permaneció unida hasta la fundación del estado portugalense, tampoco parece temerario situar las primeras romerías cuando la peregrinación a Compostela transcurría en un ámbito más local y espontáneo, es decir, cuando la peregrinación aún no se había convertido en una verdadera obligación más allá de la devoción propiamente dicha. Desde esta perspectiva parece situarse el Prof. de la Universidad de Porto, Antonio Cruz, cuando consideraba que la antigüedad del camino portugués podría remontarse incluso a los tiempos de Alfonso III de Asturias, momento en que fueron trasladadas las columnas y basas romanas de la acrópolis portuense de Penaventosa al templo levantado por el monarca asturiano en Compostela y a cuya consagración en el año 899 no sólo había asistido una gran turba de devotos y peregrinos, sino también diecisiete prelados, entre los que figuraban los portugueses Nausto de Coímbra, Argimiro de Lamego, Teodomiro de Viseu, Argimiro de Braga y Gumado de Porto.

Otra cuestión es que este camino no llegara a alcanzar el valor del «camino francés» y que los efectos de la peregrinación de aquel Portugal de innegables rivalidades clericales con Compostela (a veces afectados por el deterioro de las relaciones con la monarquía castellano-leonesa) no sean equiparables a los de aquella España cristiana, mejor conformada políticamente, quien estimula la llegada de peregrinos ultrapirenaicos por los beneficios que ello le acarrea y más embarcada en una política europeizante. En otras palabras, al norte del Duero se facilita el viaje potenciando toda una

infraestructura de servicios necesarios a lo largo de aquel camino ecuménico que no comprobamos para el caso del camino portugués, desde refugios físicos (hospicios, hospitales, albergues, etc.), refugios espirituales (iglesias, monasterios...) a toda una serie de mejoras en la propia infraestructura viaria. En fin, cabe suponer que el «camino portugués» constituiría un fenómeno social más subsidiario.

En cuanto a las rutas seguidas por los peregrinos desde Coimbra, bien es verdad que resultan limitados los datos desde que el geógrafo ceutí Al Idrisi en su *Recreo del que ansía recorrer los horizontes del mundo* arrojara luz sobre los itinerarios a cubrir. Actualmente, aunque las noticias son muy desiguales, se están realizando grandes esfuerzos por superar aspectos lacunares, siendo de considerar las sugerentes conclusiones de Ferreira de Almeida¹ y Vaquero Moreno², entre otros. Mas el balance final es todavía provisional, de aquí la dificultad en arribar a conclusiones definitivas.

* * *

Sin duda el fin del Imperio romano supuso la decadencia de las buenas calzadas; pese a ello y a la ruina de una gran parte de aquella red de comunicaciones, la ruta medieval de entre Minho-Duero aprovechó en la medida de lo posible antiguos tramos viarios o, por lo menos, esta ruta deviene ligada en lo fundamental a la eficacia de antiguos tramos y puentes en uso, así como a antiguos criterios topográficos. Otra cuestión sería «que los romanos no hicieran sino tender calzadas a lo largo de unos pasos que ya debieron de ser viejos cuando ellos llegaron» (Ferreira Priegue), y de hecho Antonio Cruz no duda en considerarla como antigua vía prerromana que el romano supo aprovechar en su lenta penetración al norte del Duero. Romanizada o romana, constituiría una espina dorsal abierta posteriormente al invasor islámico, pero también como camino de Reconquista.

Esta ruta tiende a seguir la dirección de los meridianos, atravesando aquellos territorios cuyo gobierno fuera concedido al conde don Enrique en 1096 por Alfonso VI en forma de feudo a la manera francesa³. Este sistema viario utilizado por el peregrino, vertebraría los primitivos condados de Portugal (entre Limia y Duero) y de Coimbra (entre Duero y Mondego), quienes configuraban

¹ *Vias medievais entre Douro e Minho*, trabajo de Licenc. presentado en la Facultad de Letras de Porto.

² «Alguns documentos para o estudo das entradas medievais portuguesas» *Rev. de Ciencias do Homem*, Univ. de Lourenço Marques, V, 1972.

³ OLIVEIRA MARQUES. *Historia de Portugal*, Lisboa, 1972, 62. Desde el 1109 a su muerte en el 1112-1114, el conde don Enrique dejaría de cumplir tales deberes feudales, si bien nunca abiertamente.

lo que Orlando Ribeiro denominaba *la civilización del granito* (donde, curiosamente, tuvo un mayor arraigo el románico), en contraste con *la civilización del barro* (al sur del Mondego). Sobre esta área al norte del Mondengo, quedaría configurada una realidad política-cristiana cuando Alfonso Enriquez se proclame rey, si bien no fue reconocido como tal ni su estado como *regnum* hasta 1179, mediante la intervención del Papa Alejandro III. Este norte cristiano, delimitado por las últimas estribaciones de la Sierra de la Estrella y configurado por un mapa litológico de granitos y rocas metamórficas, poseía en Oporto y Braga dos importantes nudos de comunicación, siendo Ponte de Lima el principal punto de convergencia desde donde irradiaría una arteria a través de la Sierra de Santa Lucía y en dirección a Valença y Santiago, jalonada por Tuy, Redondela, Pontevedra, Caldas, Padrón y Humiliatorium. Atrás quedaba un total de ocho jornadas que algunos autores cuestionan en su evaluación global.

Cuando Lisboa no era punto de partida de ruta (pasaría a serlo en la baja Edad Media), Porto parece el enclave obligado para el peregrino procedente de Coimbra, optando desde allí por una triple salida: en dirección a Braga (tras cruzar el punto conocido por Barca da Trofa, sobre el río Ave) y Famalicão. Braga a su vez enlazaba con otra segunda ruta que, arrancando de las murallas portuenses llegaba hasta Guimarães, a la vez que centro de entronque con el camino de peregrinación castellano a través de Portela de Homem y punto de salida en dirección a Monção.

Más tardíamente, otro itinerario se proyecta desde Porto-Rates, donde se bifurca hacia Barca do Lago (Esposende) y Barcelos (sobre el río Cávado) para proseguir hacia Ponte de Lima, punto de unión de la ruta procedente de Braga. Por lo demás, Ponte de Lima, con su puente romano sobre el río del mismo nombre, era enclave de concentración donde el peregrino daba cumplimiento a sus exigencias de avituallamiento, documentándose aquí las ferias más antiguas de Portugal y el centro de parada de Francisco de Asís en su viaje desde Guimarães a Galicia.

Entre otras rutas, merece la pena recordar aquella que unía a Zamora con Chaves, a través de S. Pedro de la Nave (enclave muy ligado a la leyenda de Julián el Hospitalario), Braganza y Vilar dos Peregrinos.

Según se recoge en la citada obra de Al Idrisi, quien conocía Lisboa, dos rutas cubrían la distancia Coimbra-Santiago: una por mar (aportando datos sobre la navegabilidad de los ríos y pormenores costeros portugueses) y otra por tierra. De acuerdo con sus descripciones, muchas abortadas por un portugués o gallego, la ruta terrestre cubría varias jornadas a través de ríos cruzados por puentes o atravesados por barcas muy vulnerables: Coimbra-Avo (sobre el río Alva, afluente del Mondego), San Miguel de Outeiro (próximo a Viseu), dos etapas hasta Buna Oar (tal vez Vilaboia de

Quires), para ganar en otras dos la distancia que resta hasta Braga y seguir en dirección a Tuy, paso a cruzar en barca ya utilizado por Almanzor. En líneas generales este itinerario posee cierto crédito al identificar la trayectoria matriz, sin embargo Dubler considera que, si bien Al Idrisí conoce el itinerario hasta Tuy, es más incorrecto en el cálculo de jornadas desde Tuy a Santiago⁴.

En rigor, las comunicaciones serían deficientes y muchas las incomodidades para el peregrino, dotado de una capacidad de movilización y desplazamiento que hoy resulta extraordinaria; en su deseo de alargar los horizontes de su rutina cotidiana, llega a buscar caminos más descongestionados que no siempre tienen que ver con las vías principales y más directas, pero que le permiten contactar con devociones más locales, a la vez que venerar las reliquias. Tal ocurre con esas romerías interiores que buscan dar cumplimiento a ciertas promesas según preferencias, cual era el culto a san Acisclo, Dorotea, Eulalia, Pelagio, Tirso, Cucufate o el propio san Fructuoso; hecho que no pasó desapercibido a Gelmírez quien, realizando una visita canónica a la diócesis de Braga cometerá el ventilado *pío latrocinio* al incautarse de las reliquias de san Fructuoso las de los santos Cucufate, Susana, Silvestre, etc. ¿Qué razones le movieron a ello? Posiblemente responda a un deseo por parte de Gelmírez de arrancar una tradición cultural muy extendida por todo el noroeste: el culto a san Fructuoso, y desviar la ruta de viejas romerías para centralizarlas en Compostela y así, al disponer las reliquias de este santo cerca de las de Santiago (donde se celebrarían desde entonces grandes solemnidades con motivo de su fiesta), potenciaría los alicientes del peregrino (portugués, principalmente) hacia esta ciudad que Gelmírez desea convertir en ecuménica y en un verdadero centro de la cristiandad occidental. Por otra parte, Gelmírez, quien siempre deseó trasladar la metrópoli eclesiástica de Braga a Compostela, tampoco ignoraba que en muchos pueblos de Galicia se mantenía el hábito de peregrinar a Montelios y con su actitud contribuiría a aumentar el prestigio religioso de su sede por encima de otros centros de peregrinación del noroeste; también es verdad, como ya observara en su momento Otero Pedrayo, que al despojar a las iglesias de Braga y su diócesis, recortaba el interés del camino de Braga, más atento a la gloria de Compostela y a realzar la colección de sus reliquias.

Retomando el hilo de nuestro objetivo principal, si bien la mayor parte del poblamiento norteño lusitano se encontraba disperso, las arterias viarias que cruzaban cadenas montañosas y grandes valles (las del Tamega, Cávado o Lima) quedan dispuestas sobre un área relativamente poblada y con unos cuadros sociales establecidos desde muy pronto, especialmente en el distrito de Bra-

⁴ «Los caminos a Compostela en la obra de Idrisí», *Al-Andalus*, n.º 14, p. 59-122.

ga (con 2'5 parroquias por cada diez kms.) a lo largo del río Duero, en torno a Chaves y región de Coimbra⁵, siendo sus núcleos más interesantes: Braga (cuya diócesis se reorganizaría después del 1070), Coimbra (reorganizada después del 1080), Porto (después del 1112) y la antigua Villa Vimara o Guimarães, residencia temporal de los condes de Portugal y posteriormente de los monarcas, al igual que Coimbra. Todos ellos centros urbanos en mayor o menor grado, al igual que Chaves, con una vida económico-social más estabilizada y encerrados en poderosos recintos amurallados que datan, cuando menos, de comienzos de la Reconquista.

A la par que el camino portugués se va conformando, distintas causas de tipo coyuntural habrán de facilitar la toma de contacto de este país, no sólo con Galicia, sino también con los nuevos modos de vida de esta Europa del románico, a pesar de las rígidas estructuras sociales que caracterizaron al Portugal de entonces. Por esto mismo no podríamos dejar de aludir al paulatino disciplinar de su vida religiosa y el sometimiento a las nuevas disciplinas canónicas romanas. Hecho que provocaría no pocos enfrentamientos, en especial por parte de aquellos monasterios de viejas familias de origen condal cuyos abades buscan defender sus posiciones desde un monaquismo más autóctono. Esta adopción suponía conocer la autoridad dogmática de la Santa Sede, desde que en el Concilio de Burgos del 1080 se adopte oficialmente la liturgia romana y se introduzcan costumbres monásticas de tipo cluniacense en aquellos monasterios que hasta entonces seguían adictos a particularismos religiosos. En este sentido, los grandes responsables de la divulgación del llamado «programa gregoriano» en Portugal, serán los monjes de Cluny; entre los que contribuyeron a aceptar y a propagar muy pronto la nueva liturgia y observancia monásticas extranjeras sobresalen aquellas familias de la nobleza local que van ascendiendo social y políticamente: los infanzones, y así en la diócesis de Coimbra fueron aplicadas tempranamente por tres de estas familias en los monasterios de Paço de Sousa, Pendurada y San Tirso, los monasterios más importantes de dicha diócesis⁶.

Decía Mattoso que no era fácil precisar el momento de afirmación de la orden cluniacense en este país y con ello su misión ecuménica, considerando que durante el episcopado de Pedro de Braga (c. a. 1085) empezarían a llegar los primeros propagadores de la liturgia romana y de las costumbres cluniacenses. Mas interesa destacar preferentemente la labor de los gregorianos convencidos, apoyados a veces por los propios gobernantes portugueses al no disponer (decían) de eclesiásticos letrados a causa de los efec-

⁵ A. CASTRO, *A evolução económica de Portugal dos seculos XII-XIV*, Lisboa, 1964, t. I, p. 88.

⁶ MATTOSO, *Le monachisme Ibérique et Cluny*, Louvain, 1968, 374.

tos de aquella guerra de Reconquista. Me refiero a los obispos franceses o de formación francesa que van a sustituir muchas veces al clero indígena en los altos puestos, al frente de las sedes episcopales: san Geraldo en Braga, Mauricius Burdinus y Bernardo en Coimbra, en Porto el antiguo canónigo compostelano de origen francés, Hugo. Asimismo entre el 1081 y el 1090 los monasterios de Lervao, Arouca, Vacariça y san Román de Neiva adoptan las nuevas observancias de vida en comunidad. Pese a todo, los cluniacenses, muy relacionados con las cortes europeas, dispusieron de un poder más reducido que en España, contrariamente a los cistercienses, y aunque su impacto es un hecho, no parece que hubiera en Portugal congregaciones del tipo de Cluny y solamente tres centros estuvieron sometidos a su orden: Rates, donado por don Enrique a la Charité-sur-Loire en el 1100, Santa Justa de Coimbra, donado al mismo monasterio en el 1102, y Vimieiro, donado a Cluny por doña Teresa.

Al margen de la acción de esta orden, cuyos monjes fueron acogidos por Enrique de Borgoña, otros elementos parecen haber contribuido a la toma de contacto con la Europa del románico: emigrantes francos, sin llegar a representar un fuerte contingente; el refuerzo de los distintos caballeros franceses que acompañaron a don Enrique. Finalmente, el propio conde don Enrique, hermano de los duques de Borgoña, conceptuado por la historiografía portuguesa «uno de los representantes más activos del espíritu europeo» (Enrique Barrilaro). Adicto a la reforma gregoriana, estará apoyado en sus aspiraciones al poder por el delegado de la orden cluniacense en España.

Bien es verdad que la línea más prestigiosa corresponde a Cluny y a su acción, fomentando y encauzando la peregrinación y contribuyendo a impulsar la penetración de un nuevo formulario acorde con la reestructuración de la iglesia. Sin embargo, a la vez que con el empleo del latín se verán facilitados los contactos culturales con el exterior, otras comunidades eclesiásticas cumplen su cometido en esta ruptura con todo posible aislamiento, tal ocurre con los canónigos regulares, afianzando el cambio de rito. Instalados en el monasterio de Santa Cruz de Coimbra, habrán de dispersar su regla por el resto del país. En cuanto a las órdenes militares, citemos a los templarios, transformados en Orden de Cristo. Éstos, al igual que los cistercienses, se establecerán con preferencia en el área sudeña.

Posiblemente, porque la Reconquista fue más tardía y Portugal no se constituye como una realidad independiente y autónoma hasta 1143 (afianzando así su nacionalidad), el románico en aquel país surge con cierto retraso y sus comienzos, según indicara Ferreira de Almeida, son bastante oscuros, si bien Gaillard puntualiza que «comienza en el mismo momento del nacimiento de Portugal».

El verdadero auge constructivo arranca de mediados del s. XII, coincidiendo con el gobierno del primer rey lusitano, Afonso Enríquez, llamado «o repoboador»; llevado en su deseo de construir una realidad política independiente donde los cuadros se vean ampliados, habrá de atender al atraso de su población, favoreciendo el arraigo de muchos elementos del clero regular y secular llegados de Moissac y Cluny. Este monarca que amplía sus fronteras al sur del Mondego, retomará la política religiosa que su padre iniciara, procurando colaborar con la Santa Sede en sus propósitos reformadores y así moldear el alma de un pueblo. A pesar del carácter tardío del románico en este país y aunque no se pueda hablar de una actividad arquitectónica de gran altura y rica en soluciones, las experiencias surgidas en los grandes centros espirituales responden a un románico maduro, por ejemplo la Sé Velha de Coimbra. Si bien es verdad que la fuerza reformadora de la orden benedictina se hizo sentir en la edificación de tantas casas monásticas, tampoco podría relegarse al olvido las consecuencias derivadas de aquellos caminos de aparente carácter místico por los que circulan peregrinos, monjes, hombres de armas, etc., verdadero cauce que favorecería las relaciones artísticas, al menos en parte. Si peregrinación presupone comunicación y aunque Portugal quede un tanto marginado (por la distancia) de los grandes centros, no podríamos decir que quede aislado de los mismos. Es cierto que las rivalidades entre León y Alfonso Enríquez de Portugal pudieron actuar como freno en un determinado momento y afectar a la seguridad en los caminos, pero no parece que se llegue a una situación crítica y así, tras el reconocimiento de Alfonso I como rey portugués (según entrevista mantenida en Zamora con Alfonso VII) habrían de seguir momentos de coyuntura favorable. Todo esto nos sitúa en la vía de justificación de ciertas coincidencias entre el románico de aquella sociedad (que se organiza y crea sus valores materiales y morales) y las maneras de hacer en Galicia (con quien participó de una hermandad de lengua), en León, etc., sin omitir el impacto de las corrientes internacionales contemporáneas. No puedo menos que remitir a los vínculos entre el Portugal del Alto Minho y Galicia (donde también el románico alargó su vida), lo mismo que con el románico leonés, concretamente del área zamorana. Más aislada es la figura del artista ambulante: recordemos al maestro Roberto y a su cantero Bernardo a quienes Nogueira Gonçalves atribuye origen clermontino; su actividad se desarrollaría en Coimbra y, tan vez, en Lisboa.

En lo que atañe a la génesis del románico portugués, son especiales sus circunstancias, por cuanto hablar de influencias podría minimizar su propia idiosincrasia. Es bien sabido que, a excepción de ejemplos muy concretos, no se asimila sin más lo foráneo, en especial en la escultura del ámbito rural donde lo indígena pervive con unos valores de uso muy difundido en el prerrománico (svás-

ticas, rosetas, etc.) y donde los arcaísmos técnicos son más manifiestos. A menudo se justifica esta postura desde la propia ingratitud del material. Independientemente de que el material granítico excuse cierta rudeza en el diseño, también es verdad que en aquellos encargos privados de una financiación oficial, no se han apagado las tradiciones que constituyen su patrimonio artístico-cultural, participando en ciertos casos de los nuevos símbolos, si bien de manera esclerotizada. Y así cristalizan en sus tímpanos la mandorla o el tema del Agnus Dei (Travanca, Rates, Bravaes, etc.). Es decir, los artistas locales de aquellos poblamientos a menudo dispersos que a pesar de las invasiones y ocupaciones jamás fueron erradicados de sus lares y formas rurales de explotación, seleccionan un reducido programa del nuevo lenguaje de imágenes que da respuesta a los nuevos valores morales, adaptándolo a un sistema formal conocido, con un diseño muy sumario. De aquí que no resulte sorprendente que en la iglesia de Aguas Santas convivan capiteles de época visigoda con otros románicos que se les asemejan.

Decía Reynaldó dos Santos que en el vocabulario del románico portugués las mayúsculas eran las catedrales y las minúsculas las pequeñas iglesias románicas de entre Minho y Mondego. Siguiendo de cerca a este organigrama junto a las anotaciones de Lacerda, Gaillard y Lambert, cabría fijar dos apartados: el de las iglesias rurales y el de los centros urbanos. En el de las iglesias rurales quedarían incluidos los poblamientos dispersos y autárquicos del alto Duero y Tras-os-Montes, donde, sin caer en un determinismo, las propias condiciones geográficas y la cutrería de la zona imponen ciertas normas de vida. Constituyen un grupo de parroquias a menudo pobres e incluso monasterios de comunidades reducidas, adictos en ciertos casos a observancias fructuosianas y de dudosa observancia religiosa, ligadas al patrimonio de viejas familias de origen condal o a gentes de condición modesta. Se trata de edificios de constitución granítica muy sencilla, con nave y ábside único y con una sobriedad en su estructura que no exige grandes recursos materiales. A menudo la acogida poco calurosa del románico llevó a admitir un protorrománico.

Dentro de este apartado, pero marcando un eslabón más evolucionado, cabría considerar a las iglesias de antiguos monasterios ubicadas en el Duero Litoral y zona de entre Minho y Duero. Dotadas de mayor fábrica quedan concentradas preferentemente a lo largo de los ríos Minho, Limia, Cávado, Ave, Sousa y Tâmega, guardando una distancia menor de los sistemas viarios principales. Allí el rigor de la observancia religiosa, un nivel cultural más elevado y mayor estabilidad económica, parece asegurarles un prestigio y un mayor beneficio de los impactos foráneos.

El tipo de planta más frecuente fue el de nave única y ábside cuadrado, generalmente con cubierta de madera (a excepción de San Martín de Cedofeita) como las del valle del Lima: Bravaes

(1125), San Claudio de Nogueira (1145), Rio Mau (1151), Unhão (1165)...; otro tipo queda conformado por aquellos ejemplos de nave única y ábside semicircular: San Joao de Ferreira, Longo Vales, San Fins de Fiestras... Las iglesias de San Salvador de Travanca, Paço de Sousa, Ganfei o Rates, con triple nave y ábsides semicirculares, proporcionan una concepción más elaborada, acudiendo a menudo al empleo de pilares cruciformes asociados al empleo de arcos diafragma que dotan al muro de mayor solidez. Los fustes decorados de la cabecera de San Pedro de Rates tienen paralelos con el románico del área zamorana, al igual que la portada de arquivoltas lobuladas de San Pedro de Ferreira, donde cristaliza el recuerdo de la Puerta del Obispo de la Catedral de Zamora, y ¿qué decir de Castro d'Avelás, adjudicada a artífices magaríes llegados de León y levantada en ladrillo?. También resultan manifiestos los recuerdos del románico gallego, incluso en ese juego armónico que reside en las proporciones y en la valoración de las líneas esenciales.

Caso especial es San Martín de Cedofeita, en el Duero Litoral. Pertenecía a un monasterio mencionado en 1120 en una bula del Papa Calixto II y se le considera asociado a una financiación real. Su nave única queda completamente abovedada en piedra y en su exterior cuenta con estribos adosados al muro.

En oposición a este románico de ámbito rural, destacan con fuerza propia aquellos ejemplos de los núcleos urbanos de Braga, Coimbra, Porto, Lisboa, etc., donde su propio marco y una mayor amplitud de criterios propicia un mayor aperturismo extrarregional. Se trata de construcciones más complejas y costosas, si bien algunas han desaparecido o se ofrecen metamorfoseadas. Gaillard las evaluaba como el resultado «de un arte de importación»⁷, vinculándose a la acción de un clero de origen francés que, al tiempo que ve aumentadas sus fuentes materiales para prosperar, organiza sus capítulos y construye sus catedrales en justa correspondencia con un mayor nivel económico, tamaño e importancia del núcleo urbano, etc. Tal fue el caso de Braga, el gran enclave del norte de Portugal, con un número de habitantes no inferior a cinco mil (Oliveira Marques calculaba hasta diez mil habitantes), disponiendo de una catedral mayor que la de Oporto. En estas diócesis ocupadas por obispos de origen cluniacense que van a contribuir a que el país no viva de espaldas a los problemas de la época, se busca dar acogida abiertamente a los esquemas representativos de las nuevas ideas, mientras que las iglesias granítico-rurales reflejan en último término la pugna entre dos culturas: la existente y la que persigue imponerse.

Dentro del recinto amurallado de Braga quedará levantada la

⁷ G. GAILLARD, *Etudes d'art roman*, París, 1972, p. 349.

primera catedral portuguesa como lugar privilegiado de encuentro entre el comanditario y el artista. Favorecida su construcción por el conde don Enrique y en su deseo de elevar a Braga a la condición de metropolitana, existía la necesidad práctica de dotar a esta metrópoli espiritual de la nación portuguesa de un edificio idóneo, toda vez que dicha ciudad poseía un mínimo de condiciones para conducir el país política y religiosamente (Oliveira Marques). De esta manera se consolidarían sus propias aspiraciones políticas desde su condición de dominio eclesiástico. Muy transformada, al igual que la catedral de Porto, su estudio ofrece serias dificultades. Iniciada en tiempos de san Garaud, obispo francés procedente de Sahagún, tal vez fuera planificada según cabecera de cinco capillas, cuestionándose Lacerda hasta qué punto el conde don Enrique no estaba dominado por la idea de «erguer un templo que rivalizase con el compostelano».

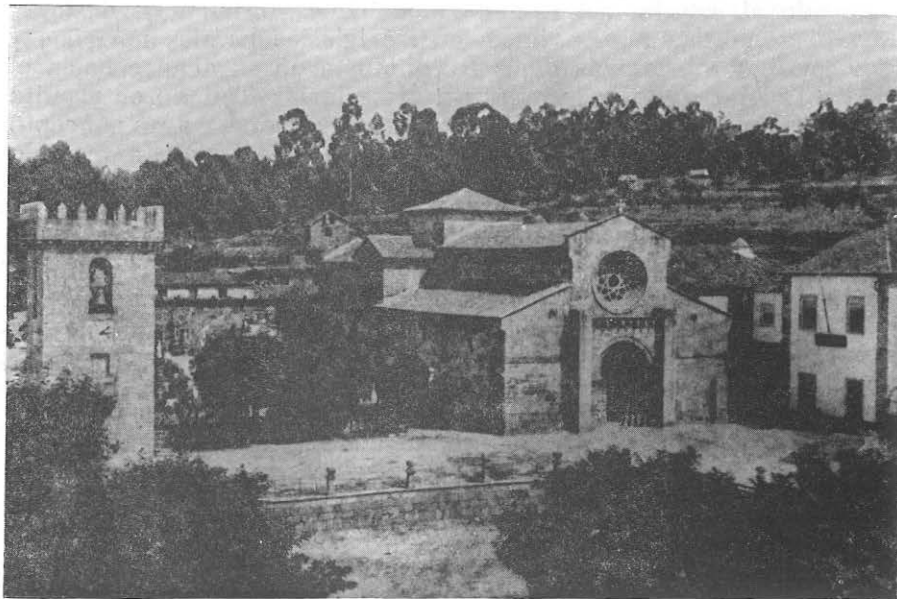
La catedral mejor conservada es la de Coimbra, iniciada con el obispo francés Bernardo y durante el reinado de Alfonso Enríquez, siendo rematada con el obispo Miguel Salomón (1162-1176). Es considerado el edificio de más fuste del románico portugués y un verdadero templo fortaleza al igual que la Sé de Lisboa, como corresponde a un ambiente de Reconquista. Se trata de un ejemplo de tres naves, las laterales con bóveda de arista, sobre la que se dispone un triforio con bóveda de medio cañón. Si para Gaillard su esquema procede de un modelo auvernés, Timmers, Dieulafov y Lambert la enjuician como imitación evidente y tardía de la compostelana, al igual que la de Evora comenzada en el 1186. Es evidente que la Sé Velha de Coimbra posee ascendencia francesa y Nogueira Gonçalves no descartaba que su maestro Roberto conociera Clermont, Conques, Toulouse, Orcival, Issoire... Compostela. Por lo demás, también se relaciona a este maestro Roberto con la catedral de Lisboa, erigida en 1147-1150. Encuadrado su nartex entre torres (esquema adoptado luego por Evora) y con sus frentes almenados al igual que la conimbricense, es de aspecto acusadamente militar.

Porto, al igual que Viseu, Lamego, Guarda, dispuso de una catedral de menores dimensiones, como corresponde a su condición de tercera ciudad, a mayor distancia de Braga y Coimbra, seguida tal vez por Chaves. Su primitivo plan se justifica en relación con los esquemas de aquellos edificios surgidos de acuerdo con las necesidades peregrinatorias, reproduciendo un modelo francés al igual que la primitiva catedral de Braga, pero con la variante de una cabecera de tres capillas radiales. En cuanto a las ventanas y portal conservados, Ferreira de Almeida se inclina por estímulos limusinos, afirmados luego en Cedofeita, Aguas Santas y Travanca. Levantada en tiempos del obispo francés Hugo, antiguo colaborador de Gelmírez, sus obras también habrían de verse impulsadas por los donativos de Alfonso Enríquez.

Dejando al margen el grupo de las catedrales, cuantos se han dedicado al estudio del románico portugués insisten en destacar una personalidad que se inicia en las iglesias rurales norteñas y que prosigue al compás de la Reconquista en su avance hacia el sur, sin alejarse de las grandes arterias viarias. Tallado en granito de la región y sin grandes sutilezas, parece responder a un concepto de arquitectura verdaderamente nacional, levantándose a menudo en enclaves de accidentado relieve.

Finalmente, hay algo que parece aunar al grupo de las catedrales con las iglesias del románico rural, y es su triple carácter religioso-político y social, cuando el edificio además de ser un lugar de culto, también lo es de reunión al objeto de tratar problemas de la comunidad, así como lugar de abrigo y encuentro, a la vez que lugar de defensa. Bien es verdad que la frontera de la Reconquista se va distanciando cada vez más, pero tal avance no parece implicar un clima de tranquilidad en estos enclaves, por lo demás no muy distantes del reino castellano-leonés. Por ello, también por razones de defensa cabría justificar estas sólidas construcciones de granito, las fachadas almenadas de algunas catedrales con perfil de fortaleza o esas torres de atalaya en Travanca o Paço de Sousa, que tanto contribuyen a acentuar un sello militar.

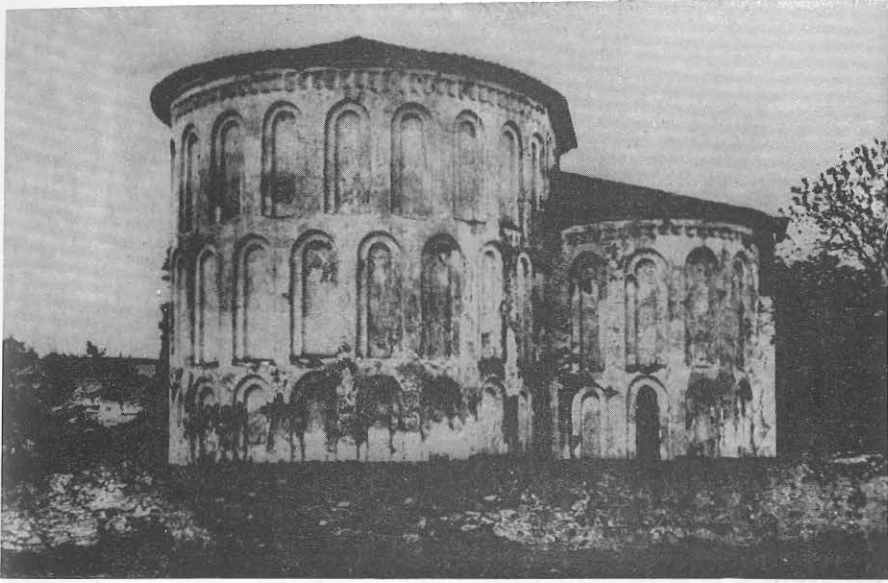




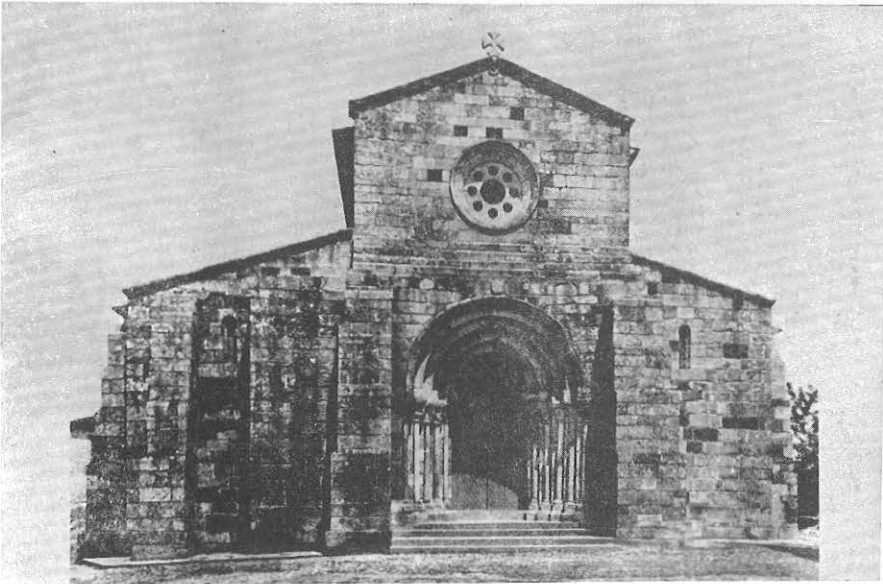
Vista general de la iglesia de Paço de Sousa.



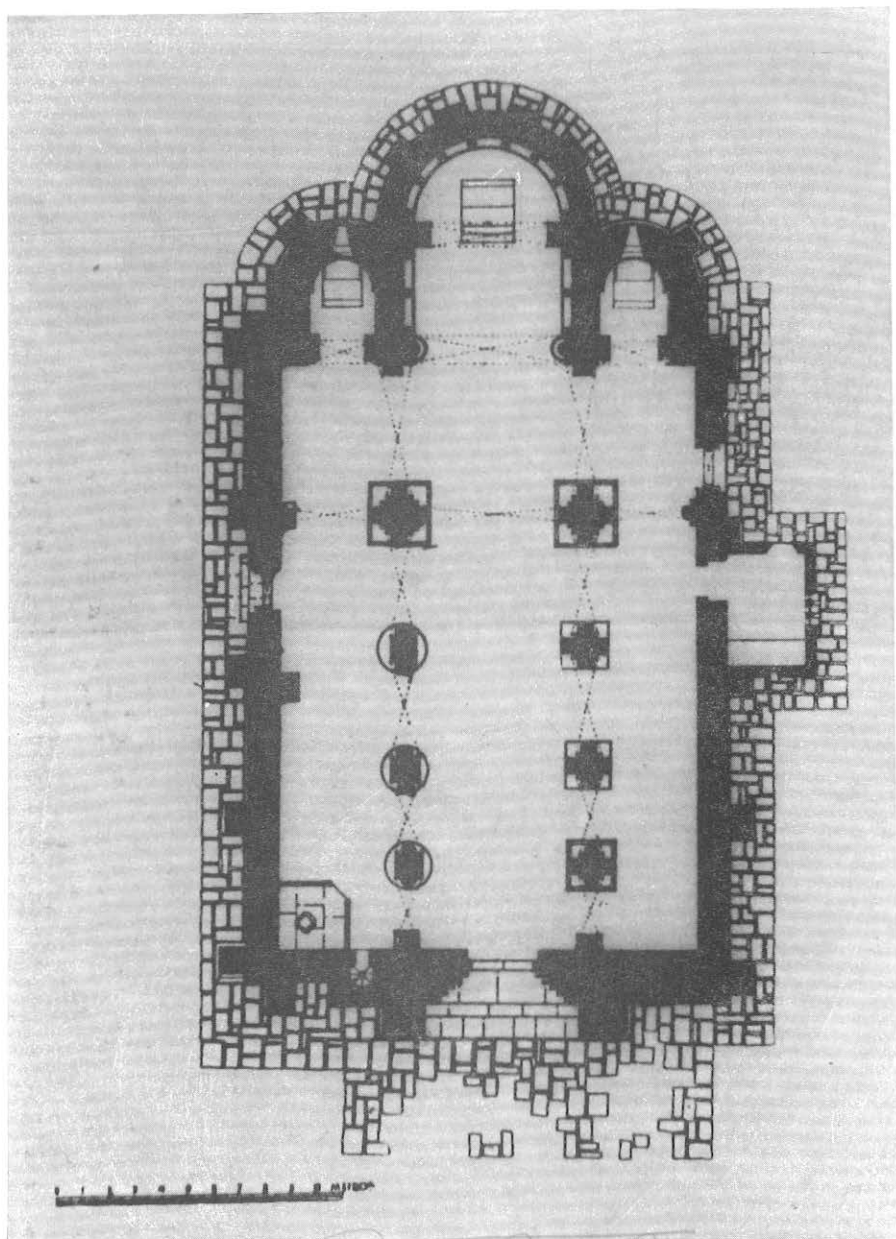
Iglesia de San Martín de Cedofeita (Oporto).



Cabecera de la iglesia de Castro de Avelás.



Fachada de S. Pedro de Rates.



Planta de S. Pedro de Rates (Del libro de A. de Lucerda, Historia del arte en Portugal).



Cabecera absidial de S. Pedro de Rates.